

**San Agustín:
LA CONVERSIÓN
DE UN INTELLECTUAL**

JUAN CARLOS OSSANDÓN VALDÉS



**EDICIONES UNIVERSITARIAS DE VALPARAÍSO
DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO**

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

**© Juan Carlos Ossandón Valdés, 2001
Inscripción N° 122.119**

ISBN 956-17-0317-3

Tirada de 300 ejemplares

Derechos Reservados

**Ediciones Universitarias de Valparaíso
de la Universidad Católica de Valparaíso
Calle 12 de Febrero 187, Valparaíso
Fono (32) 273087 - Fax (32) 273429
E.mail: euvs@ucv.cl
Web: www.ucv.cl/web/euv**

**Diseño Gráfico: Guido Olivares S.
Diagramación: Mauricio Guerra P.
Corrección de Pruebas: Osvaldo Oliva P.**

**Impreso en Salesianos S.A.
Bulnes 19, Santiago de Chile**

HECHO EN CHILE

ÍNDICE

PRÓLOGO	Pág. 9
PRIMERA PARTE: LA FORMACIÓN	17
Cronología de la Juventud	17
Escuela primaria	18
Escuela secundaria	21
Estudios superiores	37
SEGUNDA PARTE: LAS CONVERSIONES	47
Primera conversión	47
Segunda conversión	65
Tercera conversión	96
ANEXOS	105
Himno al verdadero amor	105
San Agustín y Cicerón	121
BIBLIOGRAFÍA	131

AURELIUS AUGUSTINUS

354 - 430

OBISPO DE HIPONA

**“La gran lumbrera del mundo occidental que
formó la inteligencia de la Europa cristiana”.**

John Henry Card. Newman

“Apología pro vita sua”

PRÓLOGO

Hace unos mil seiscientos años, a comienzos de agosto del año 386, ocurrió uno de esos hechos silenciosos, ocultos, que habría de cambiar la historia de Europa. Mientras los hombres miramos los acontecimientos exteriores y a ellos atribuimos los cambios que la historia registra, la verdad es que son más bien los ocultos, los desconocidos de la "opinión pública", los que verdaderamente fijan los destinos del mundo.

En estos tiempos de angustia y desconfianza, de temor y sobresalto acerca del futuro de la humanidad, conviene recordar justamente el hecho cuyo XVI centenario celebramos hace tan poco para adquirir confianza en la Divina Providencia que sabe sacar bien hasta de lo que, a primera vista, es lo peor que podría habernos ocurrido. Para sus contemporáneos ¿podría haber sucedido algo peor que la caída de Roma en manos de los bárbaros?

Conviene que precisemos más a qué hecho nos referimos. Se trata de la tan celebrada conversión de san Agustín. Mas ¿qué entendemos por conversión?

Llamamos conversión a aquel acto en virtud del cual un hombre cambia radicalmente su concepción del mundo y de sí mismo. Esta puede ser de carácter religioso, político, cultural o filosófico. Basta con que, a partir de cierto momento, que normalmente es la culminación de un largo y penoso proceso, se abandonen los criterios seguidos hasta entonces para hacer uso de unos nuevos.

Cierto es que habrá unas conversiones más profundas que otras; las

habrá que se refieran a aspectos secundarios de la vida, mientras otras calarán muy hondo en los fundamentos de la existencia de un hombre. Por ello suele reservarse este término a la que se da en el ámbito filosófico y, muy particularmente, en el religioso. Justamente estas disciplinas, si se nos permite llamarlas así, dirigen el criterio básico con que un hombre orienta toda su vida; por ellas rige su conducta de modo que su radical modificación nos dará un hombre nuevo.

Mirado desde el exterior, tal cambio resulta fascinante. ¿Qué mueve a una persona a tomar tan extrema actitud? ¿Cuáles son las etapas por las que atraviesa el proceso? ¿Es que hay realmente un proceso? ¿No será, más bien, una súbita inspiración? ¿Había razones que lo justificaran o solamente era cuestión de afectos? Como todo ocurre en el interior del alma, nos es imposible conocerlo a menos que el propio interesado nos lo revele.

Por desgracia no abundan los relatos que tengan por fin darnos a conocer un hecho de este tipo. Tales evoluciones son muy íntimas por lo que exigen una honradez intelectual muy poco frecuente. Hay muchas autobiografías cuya principal misión es tergiversar la historia para justificar al personaje al través de todas las peripecias de su existencia. Hay pocas confesiones. Por ello, cuando un hombre de un nivel intelectual superior, un verdadero genio, se decide a contarnos con toda veracidad tal acontecimiento, podemos estar seguros de encontrarnos ante una obra digna de ser leída o, como dirían los antiguos, ante una "leyenda": algo digno de ser recordado por toda la posteridad, por lo que se ha de poner por escrito para que pueda irse transmitiendo de padres a hijos.

San Agustín, obispo de Hipona, experimentó esta mutación en más de una ocasión, y se dignó relatarnos el hecho en varios libros. A su amigo Teodoro Manlio le narra brevemente su última conversión en una de sus primeras obras: "Acerca de la vida feliz". Otro tanto hace en "Acerca de la utilidad de creer" y en "Contra los académicos". Pero es en su universalmente celebrada "Confesiones" donde nos revela detalladamente su larga y dolorosa peregrinación en pos de la escurridiza verdad.

Esta obra, escrita a fines de la cuarta centuria de nuestra era, sigue atrayendo a los ansiosos de conocer tan portentoso hecho. Las ala-

banzas se han sucedido sin decaer. Podríamos decir que estamos ante una obra triunfadora en el sufragio universal de los siglos. Un Petrarca, una santa Teresa de Ávila, un Heidegger la han alabado. Sería imposible hacer la lista de los que han sido conmovidos por el genial penitente. Su éxito fue tan grande, desde el mismísimo comienzo, que conservamos hoy 228 manuscritos completos y 35 incompletos ¡todos anteriores al siglo XI!¹

Claro está que la detracción estuvo a la altura de la admiración. Por razones obvias no ha quedado casi rastros de ella. El triunfo del Santo ha sido total. Mas los eruditos han logrado reconstruir, hasta cierto punto, su belicosa vida y han descubierto que la polémica suscitada, más aún, las calumnias que se le dirigieron, lo obligaron a prolongar su escrito.

Casi todos los críticos piensan hoy que las Confesiones terminaban en el libro IX con la muerte de santa Mónica en Ostia, mientras madre e hijo esperaban barco para regresar a Tagaste, en su patria africana, donde pensaban convertir la casa paterna en un monasterio para dedicarse a la oración y al estudio con un grupo de amigos y discípulos, algunos de los cuales se habían convertido y bautizado con san Agustín².

Habría sido, pues, una polémica muy dura la que lo obligó a escribir el justamente famoso libro décimo; uno de cuyos méritos radica en la portentosa vía para alcanzar a Dios, vía que tanta influencia habría de tener en el pensamiento medieval³. Finalmente, como coronación digna de tal obra, el Santo dedica los últimos libros⁴ a mostrar cómo ha de estudiarse la Sagrada Escritura meditando cuidadosamente el libro primero del Génesis y descalificando, de paso, la calumniosa insinuación de sus enemigos que le hacían maniqueo secreto.

¹ A. Solignac S.I. Introduction aux Confessions. En "Oeuvres de Saint Augustin: Les Confessions". C. VIII pág. 236.

² P. Courcelle. "Recherches sur les Confessions". Cap. I pág. 29 y ss.

³ Conf. X, 6 a 17.

⁴ Advierto que los libros antiguos se dividían en muchos libros de escasa extensión -poco más que un capítulo de los actuales- por lo que no debe extrañar que las Confesiones contenga, a su vez, varios libros.

La conversión de san Agustín levanta aún muchas dudas y los peritos discuten el alcance de algunos textos. A mayor fama, mayor variedad de interpretaciones. Podemos decir que la polémica ha acompañado al éxito de esta magnífica obra durante toda su historia. ¡Hasta se ha sostenido que san Agustín no se convirtió al catolicismo sino al neoplatonismo! Peregrina idea ampliamente refutada por Gilson y Loisy⁵.

Decíamos que el famoso obispo no se convirtió en una sola ocasión. Por ello pudo inspirar una cuidada investigación titulada: "Las conversiones de san Agustín"⁶. Sugerente título y muy verdadero. Porque la que se suele recordar es, en realidad, la última de ellas. La última y la definitiva, por supuesto, de las que afrontó su agitada juventud.

No pensemos, sin embargo, que el joven Aurelio Agustín era un irresponsable, un superficial; muy por el contrario, cada etapa de su vida está marcada por la completa entrega a la causa que abrazaba: la verdad. Vislumbrarla y buscarla afanosamente fue lo que lo llevó a cambiar varias veces su actitud fundamental. La agudeza de su genio y la seriedad y honradez de su compromiso explican esas conversiones que, a primera vista, podrían dar la impresión de irresponsabilidad y superficialidad.

Nuestra civilización liberal desconoce la aflicción y ansiedad que sufrió nuestro autor. Porque ahora tal parece que lo importante es buscar la verdad, mas no hallarla. Muy otra era la íntima convicción de san Agustín. Siendo ya obispo de Hipona juzga su peregrinación dolorosa y su triste paso por la secta de los maniqueos:

"Mas ¿dónde estabas (Señor) entonces para mí y cuán lejos? ¡Cuán lejos de Ti vagaba en tierra extranjera, privado hasta de las bellotas de los puercos con las que los apacentaba! ¡Cuánto mejor eran las fábulas de los gramáticos y poetas que aquellos engaños (de los maniqueos)! Porque los versos y la poesía y "el vuelo de Medea" ciertamente son más útiles que los cinco elementos diversamente disfrazados a causa de los antros de tinieblas, que nada son en absoluto, pero matan a quien cree en ellos"⁷.

⁵ P. Courcelle. O.C. Intr. Págs. 8-9.

⁶ Tesis doctoral del P. Jean Marie Le Blond S.I. editada por Aubier. Paris, 1950.

⁷ "Ubi ergo mihi tunc eras et quam longe? Et longe peregrinabar abs te exclusus

Porque mientras se cante poesía, se sabe que es cosa de imaginación; en cambio, cuando se cree en algo se lo profesa, y si no es verdadero, mata el alma, hecha para la verdad y no para el error. Por lo que ya no se trata del despreocupado buscar por el gusto de buscar, sino de la tragedia que compromete la vida eterna si no se encuentra la verdad o no se permanece en ella. Alude el Santo, en el texto citado, a la parábola del hijo pródigo y a los antros de tinieblas que eran parte de la curiosa cosmogonía maniquea a la que adhirió por algún tiempo; tiempo de muerte por estar alejado de la verdad que salva.

Hemos de comprender que san Agustín es un acabado exponente de lo que podríamos llamar "el hombre metafísico" que se compromete a fondo con la verdad que halla⁸. Por lo mismo podría este ensayo intitularse: "la formación de un intelectual"; mas he preferido el término "conversión" para subrayar lo sincero y total de su entrega a la verdad, amén de los bruscos y completos cambios que se vio forzado a realizar. Ocurre que, en aquellos tiempos, se entendía la filosofía como un modo de vivir; el filósofo era, al mismo tiempo, un maestro de vida interior que buscaba, sobre todo, determinar el fin de la vida humana y el modo de alcanzarla⁹. El trabajo intelectual era apreciado en toda su profundidad y grandeza por lo que servía de guía a la vida humana y las "conversiones" filosóficas no eran infrecuentes.

Pero nuestro siglo está muy lejos de aquel en el que vivió nuestro autor. Mucho ha cambiado en este mundo lo que hace difícil a la juventud actual disfrutar de los escritos de tan gran hombre. Por ello nos atrevemos a escribir este ensayo cuya primera finalidad es acercar la obra del Santo a la escasa cultura clásica actual.

Mas no olvidamos que nuestro menester es la filosofía. Desde este punto de vista nos interesa intentar reconstruir la formación intelec-

et a siliquis porcorum, quos de siliquis pascebam. Quanto enim meliores grammaticorum et poetarum fabellam quam ella decipula! Nam versus et carmen et Medea volans utiliores certe quam quinque elementa varie fucata propter quinque antra tenebrarum, quae omnino nulla sunt et occidunt credentem. (Conf. III, 6, 11).

⁸ Maria del Carmen Dolby Múgica: "Agustín de Tagaste: el itinerario de la sabiduría" en Revista Agustiniiana, vol. 29, N° 90, 1988. Madrid, pág. 436.

⁹ Art. Cit. Pág. 447.

tual del gran Santo. Pues fue su deseo de saber lo que lo llevó a lo que hoy llamamos su "conversión"; o, si preferimos, sus conversiones. Es menester, al llegar a este punto, intentar olvidar el dogma impuesto durante la modernidad que separa, mejor dicho, opone filosofía a religión. Muy distinta era la actitud que prevalecía en Grecia y en Roma en ese tiempo que llamamos tan falsamente "antigüedad". Para ellos la filosofía era el amor a la sabiduría y así como unos le creían a Platón o a Zenón, otros le creían a Jesús de Nazaret. De hecho, tanto Pitágoras, como Platón y Aristóteles, Zenón y Plotino, para nombrar sólo a los que más influyeron en Aurelio Agustín, incorporaban numerosos elementos religiosos en sus especulaciones filosóficas. Con mayor razón aún lo hacían los Padres de la Iglesia y san Agustín no es en esto una excepción.

Por todo lo cual juzgamos que la afanosa búsqueda de la verdad, que caracteriza la adolescencia y juventud de Aurelio Agustín, es digna de ser conocida y seguida con interés por la juventud actual tan desorientada y tentada por falsas verdades como lo fue la suya. Por ello nuestra mayor recompensa sería saber que estas breves líneas han llevado a alguien a la lectura de la obra de este santo Doctor de la Iglesia, especialmente de sus Confesiones, y le ha facilitado su comprensión.

Digamos, finalmente, que para comprender una conversión es necesario adoptar una actitud determinada. De otra manera nada entenderíamos. Dejemos que él mismo nos lo diga.

En la carta a Consensio, católico muy instruido que le había solicitado que le aclarara ciertas dudas, le da un consejo luminoso: "intellectum valde ama". Sea ésta nuestra más fundamental actitud: "ama mucho a la inteligencia". Sin ello jamás comprenderemos una conversión. Es preciso desear ardientemente hallar la verdad, hallar la explicación que ilumina nuestra existencia y nuestro destino, y, por lo mismo, odiar al error que nos extravía.

Es necesario insistir hoy sobre este punto porque vivimos en un siglo que no ama la verdad. Se habla mucho de "buscar la verdad", pero nadie desea hallarla. Por algo calificamos de fanático a todo el que pretenda haberla encontrado. Es que, mientras la estemos buscando, no nos obliga. Y como amamos más nuestra comodidad, preferimos

seguir así. El que siente "nostalgia del más allá"¹⁰ no se limitará a buscar sino que querrá encontrar. El que no quiere hallar, no encuentra.

Al decir "ama mucho a la inteligencia", san Agustín nos recuerda la importancia de la voluntad. Ciertamente la conversión es un acto de la inteligencia que se deja vencer por la verdad y la reconoce como tal; mas, para ello, es preciso gozar de "buena voluntad". La voluntad no conoce, ama. Pero su amor va, en primer lugar, dirigido a la inteligencia; no tanto a ésta como mera potencia de entender, sino al acto de aprehender la verdad. Es la lección que le enseñará Cicerón y que san Agustín comprenderá mejor que su maestro. Porque aquél se quedó en un cómodo escepticismo mitigado, mientras éste no descansó hasta abrazar la verdad que brilla en el Evangelio. Porque es el Padre el que atrae por medio de la Revelación escriturística y tradicional; es decir, por la Biblia y la Iglesia. Pero para sentirse atraído es menester poseer buena voluntad, buscar los bienes eternos y no limitarse a los pasajeros que este mísero mundo puede ofrecer.

¹⁰ P. Guilloux: "El alma de san Agustín". Trad. I. Núñez. Rialp. Madrid. 1986. Pág. 305.

Primera Parte LA FORMACIÓN

CRONOLOGÍA DE LA JUVENTUD

Muchas de estas fechas son inciertas. Con todo nos dan una visión de la vida del joven Aurelio Agustín hasta la época de su conversión. De este modo será más fácil localizar en el tiempo la evolución interior del infatigable buscador de la verdad.

- 354** (¿13 de noviembre?) Nacimiento
- 361** (?) Inicia sus estudios en Tagaste
- 365-366** Los continúa en Madaura
- 369-370** Año de ociosidad en Tagaste
- 370** (octubre o noviembre) Viaje a Cartago a terminar su formación
- 371** (?) Conoce a su concubina
- 372** (?) Nace su hijo Adeodato
- 372-373** Lectura del Hortensius
- 373** (otoño) Regreso a Tagaste como profesor
- 374-383** Ejerce su profesión en Cartago
- 383** Encuentro con Fausto y desilusión
- 383-384** Ejerce en Roma
- 384** Obtiene la cátedra de rétor de Milán

- 385 Orador oficial ante el emperador**
- 386 San Ambrosio resiste a la emperatriz Justina**
- 386 (junio) Descubre círculo neoplatónico en Milán**
- 386 (julio) Lee a san Pablo**
- 386 (Agosto) Decide abandonar el mundo y dedicarse al estudio y a la oración en su patria africana: decisión conocida como "conversión de san Agustín".**
- 386 (otoño) Renuncia a sus ocupaciones y prepara su bautismo**
- 387 (24 ó 25 de abril) Se bautiza junto a su amigo Alipio y a su hijo Adeodato**
- 387 (verano) abandona Milán con destino a Tagaste. Mientras esperan barco en Roma, muere santa Mónica**

1. LA ESCUELA PRIMARIA

Quisiéramos saber a qué estudios se dedicó Aurelio Agustín, con qué resultados y qué influencia tuvieron en su evolución posterior. Pero en sus Confesiones y demás escritos apenas se refiere a su niñez y adolescencia sin profundizar en estos aspectos de su biografía.

Ante la ausencia de datos, preciso es recurrir a otras fuentes para hacernos una idea, siquiera general, de esos años primeros y decisivos en la vida de un intelectual. Para ello podemos completar nuestra información con la erudita inquisición que últimamente ha realizado Henri-Irenée Marrou¹¹.

El niño vive con sus padres en Tagaste hasta los siete años aproximadamente. Las familias más ricas hacían ir a un profesor a sus casas, pero la de nuestro Santo no era tan pudiente como para ello por lo que es enviado a la escuela a aprender las primeras letras¹². En aquella

¹¹ Nos referimos a su "Historia de la educación en la antigüedad", a su monumental "Saint Augustin et la fin de la culture antique" y a su "Saint Augustin et l'agustinisme" de las que sacaremos muchos datos para completar las fragmentarias indicaciones que nos proporciona el Santo.

¹² Cf. Marrou: "Saint Augustin et l'agustinisme". Pág. 12.

época lo normal era que cada niño acudiese acompañado de un esclavo que actuaba como su tutor y, llegada la ocasión, como su protector, pues su seguridad no era total en las grandes ciudades. Cosa curiosa, parece que santa Mónica envió a su hijo a una escuela regentada por cristianos, tal vez, eclesiásticos, hecho poco frecuente. Aunque el cristianismo ya no era perseguido desde al menos medio siglo, todavía el imperio era pagano, como también lo era la mayoría de la población, salvo, tal vez, en algunas zonas en el Oriente.

El recuerdo que el santo obispo guarda de esos primeros estudios es triste. Abundaban los azotes y el pobre niño oraba insistentemente a Dios para que se los ahorrara. Mas Dios no le escuchaba muy a menudo por lo que los castigos menudeaban. La crueldad de la enseñanza era tal, que teniendo ya unos 72 años, al recordar tales métodos, exclama:

“...se obliga a los niños, a costa de dolores y castigos sin cuento, a aprender las artes liberales ...¿Quién no sentirá horror y preferirá la muerte si le dan a escoger entre morir o volver a la infancia?”¹³.

¿A qué Dios oraba Aurelio Agustín en Tagaste?

“Siendo aún niño había oído hablar de la vida eterna, prometida a nosotros por la humildad de Dios nuestro señor, quien había descendido hasta nuestra soberbia; y fui marcado con el signo de su cruz y fui sazonado con su sal desde el vientre de mi madre, que mucho esperó en Ti”¹⁴.

Aunque no fue bautizado a poco de nacer como se acostumbra en la

¹³ ... per poenas doloribus plenas pueri cogantur quaeque artificia vel litteras discere ... Quis autem non exhorreat, et mori eligat, si ei proponantur, aut mors perpetianda, aut rursus infantia? (De Civitate Dei. XXI, 14).

¹⁴ Conf. I, 11,17. ¿Cómo traducir ese “condiebar eius sale”? Hay una clara alusión al Evangelio: “vosotros sois la sal del mundo”. Los antiguos daban varios usos a la sal por lo que “condio” significa: sazonar, aderezar, condimentar; pero también: conservar, ya que la sal se usaba con el fin de preservar la carne de la corrupción; por lo que esta misma palabra llega a significar: “Embalsamar”. ¿Quería insinuar el obispo de Hipona que, en definitiva, nunca perdió la fe en Jesús? Lo ignoro.

actualidad, recibió los rudimentos de la fe de labios de su madre y, a pesar de los pesares, nunca perdió totalmente esta primera enseñanza como luego veremos.

En estos primeros estudios, que se dilataban hasta los once o doce años, se aprendía únicamente a leer, escribir y las nociones básicas de matemáticas. La tarea empezaba al alba, se interrumpía brevemente a mediodía para almorzar, y terminaba al comenzar la tarde, hora en que los niños se iban al baño. El aprendizaje era más difícil que hoy por la absoluta falta de pedagogía de los maestros. Si bien hubo voces que protestaron contra la crueldad, ésta era tan extendida que, en vez de decir "estudiar", algunos usaban la perífrasis: "tender la mano a la palmeta"¹⁵.

Uno de los que reclamó contra tal forma de enseñar fue el propio san Agustín. Incluso, basado en su experiencia, nos da un atinado consejo pedagógico: más se aprende si nos empuja la curiosidad que apremiados con castigos¹⁶.

Para complicar las cosas, los niños aprenden simultáneamente el griego. Particular rechazo expresa el Santo a este idioma como también al estudio de la aritmética: "odiosa canción era para mí aquél: uno y uno son dos, dos y dos son cuatro"¹⁷; lo que nos revela que también en esa época se "cantaban" las tablas de multiplicar.

No sólo se dejaba enteramente de lado toda iniciativa en ese sistema escolar, sino, lo que es peor aún, toda actividad física. Mientras los griegos de los tiempos de Platón otorgaban gran importancia al deporte, en los de san Agustín estaba excluido de la escuela. Agravaba este cúmulo de males el hecho de que los maestros eran remunerados indecorosamente, lo que hacía que se reclutaran entre gentes de muy baja condición social. Un maestro debía tener por lo menos unos cien alumnos para obtener un jornal similar al de un albañil o carpintero¹⁸, y no era fácil conseguir tal cantidad de niños; además de todos los inconvenientes de los cursos demasiado numerosos. A pesar de lo

¹⁵ Marrou: "Historia..." Tercera parte c. V, pág. 333.

¹⁶ Conf. I, 14, 23.

¹⁷ *Ibid.* 13,22

¹⁸ Marrou o.c. *ibid.* Pág. 328.